

CAPITULO XXII

EL MATRIMONIO O EL SEXO

“Reconozco y confieso que en el momento de unirme a mi mujer, debo, con el espíritu y con el corazón mantenerme ante Dios como me mantengo ante El, en el oficio divino, cuando me hallo al pie del altar del Señor”, escribe el Padre Ustinsky, anciano sacerdote ruso, ortodoxo, verdadero cristiano, “en quien no hay ninguna malicia”, el único pensador acaso que, en dos mil años de cristianismo, haya planteado la cuestión religiosa del sexo.

El hombre al orar invoca a Dios; pero al unirse sexualmente a la mujer, se convierte en Dios.

¡Blasfemia! Si, para los hipócritas fabricantes de dogmas; pero es luz en la santidad.

El fuego del sexo es el fuego de la santidad. El origen del sexo tiene su raíz en la misma Divinidad.

“Los dos no serán sino una sola carne” se ha dicho antes del pecado original.

Es el sexo el que está en Dios, así como el hijo está en el Padre.

El sexo y la santidad son dos líneas paralelas que se encuentran en Dios; pero los ojos del libertino y la vista del fanático no pueden ver este encuentro.

¿Es posible la santidad en el sexo?

No –responden las religiones exotéricas.

Sí –contestan las religiones esotéricas.

En la dinámica religiosa, el sexo y el antisexo combaten uno contra otro y después se aniquilan. ¡Al diablo todas esas religiones, ya que sin duda alguna, del diablo es de quien vienen!

La unión carnal es obra luminosa de la libertad. Aquel que se ayuda no hace sino crear, porque el mal no se halla en el acto, sino en los pensamientos que preceden y acompañan al acto.

Dice el Padre Ustinsky: “Debo, en el acto sexual, mantenerme ante Dios”. Tal vez no se atrevió a decir la verdad; nosotros la diremos: “Debo, en el acto sexual, sentirme Dios Creador Omnipotente”.

El sexo es el fruto del árbol de la vida que está “en el medio” del jardín del Edén; al comerlo el hombre se hace Dios; “y el hombre se ha hecho uno de Nos” dice la Biblia; sin embargo, a pesar de ser el árbol de la vida, el hombre murió.

El árbol de la vida no puede causar la muerte; pero el hombre, al comer su fruto, creó y son sus creaciones las que le mataron.

El acto sexual es el camino a la iluminación; pero hasta llegar a este camino hay que atravesar muchos senderos tenebrosos.

La pasión sexual es justamente el Querubín con la espada flagimera que impide la entrada del hombre en el Edén, pero el sexo en si, es el mismo Edén.

Cada vez que un hombre y una mujer se unen, algo se crea y ese algo creado no puede ser destruido y seguirá evolucionando hasta obtener sus fines; entonces la unión sexual es acto de creación y todo lo que valga la pena de crear, debe ser útil y bueno.

No tiene valor ninguno el ser casto alejado del sexo; la verdadera castidad debe estar en la pureza y en la santidad del sexo.

El verdadero casto es el que lleva su virilidad hasta la Divinidad.

Aquel que se aleja del sexo para buscar la pureza perfecta, es como quien busca la luz del día en el seno de la noche; quien ama la pureza debe buscarla en el mismo sexo.

¿En qué encuentra la pureza aquel que huye del sexo; en que encuentra a Dios aquel que teme a sus manifestaciones?

¿En qué ayuda a la Naturaleza obra de Dios, el que extingue a la fuerza creadora en si?

La naturaleza es sexo y por medio de esa fuerza busca la perpetración de la raza.

¿Qué objeto tendría el hombre que huye del sexo o el que busca el placer en el sexo?

El placer sexual es incompleto lejos de la pureza sexual; y la pureza sexual no puede existir lejos del placer natural; ambos se complementan por la Unión y ambos se extinguen por la separación.

Sentir el impulso sexual, es sentir la Divinidad en si, que tiende a crear pero la creación se divide en visible e invisible; mas para que La creación sea visible, debe tener su raíz en lo invisible.

Si el origen invisible es limpio, puro y santo el visible será también limpio, puro y santo.

“Debo en el acto sexual convertirme en Dios”.

¿Quién es Jehová, el Dios de los judíos y de los cristianos? Es el Yo “falo masculino” unido a Eva y ambos forman el Poder Creador de las antiguas religiones.

El hombre sin la mujer y la mujer sin el hombre, son mitades de un Dios; en la unión de las dos mitades se forma el Jehová, Dios de la Biblia.

La unión sexual es la unión de dos divinidades para crear una tercera; es la combinación de dos colores complementarios para formar un tercero.

El sexo es la unión del cielo con la tierra.

El hombre y la mujer son las columnas del templo; pero las columnas deben estar separadas, ni muy lejos ni muy cerca.

Así, en el matrimonio, debe haber un espacio como lo hay entre los árboles.

El sexo debe ser amor, el amor no debe ser sexual.

Porque hay sexualidad carnal y sexualidad espiritual, la carnal es el nacimiento y la muerte, la espiritual es la resurrección eterna.

El sexo espiritual ya no es sexo.

Es el número inmortal y trascendente en el hombre de “Aquel que es”. “Yo soy aquello”; el Jehová en la raza no es sino el fuego del sexo en la zarza del sistema nervioso.

No te acerques acá: desata el calzado de tus pies, porque el lugar; en que estás, tierra santa es”.

LA CLAVE DEL PODER

Hay dos sexualidades: carnal y espiritual.

La carnal crea para la muerte y la espiritual crea para la Eternidad.

Antes de emprender una obra trascendental, hay que acercarse mucho a la mujer; pero hay que permitir que la luz atraviese entre los dos.

Hay que embriagarse con el aroma de la flor sin cogerla.

Hay que contemplar el árbol cuyo fruto es bueno para comer, hermoso a los ojos y agradable a la vista, pero no hay que comerlo; entonces los ojos serán abiertos.

Esta es la sexualidad espiritual cuyo objeto es hallar el elixir de la vida y la realización perfecta de toda obra.

Es el Génesis universal de toda obra invisible y perfecta. Es el conocimiento del movimiento perpetuo.

La castidad acrecienta la energía espiritual y confiere el dominio sobre los seres visibles e invisibles.